

PREGÓN DE LA PURA Y LIMPIA CONCEPCIÓN DE MARÍA

pronunciado por el Excelentísimo y Reverendo Señor Cardenal
don Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo Emérito de Sevilla

(Iglesia de San Juan, 6 de diciembre de 2021)

Querido don Felipe (Reina): muy agradecido por estas palabras. Tu afecto va más allá de las palabras. Nos conocemos desde hace tiempo y nos seguimos queriendo, porque nuestra vocación nos ha unido en el mismo servicio de la Iglesia.

Hermano Mayor, Junta de Gobierno, queridos hermanos de esta Muy Antigua, Venerable y Pontificia Archicofradía Sacramental de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Redención y Nuestra Señora de los Dolores. Vamos, la cofradía de San Juan, y con eso es más que suficiente.

El Papa, Pablo VI, al finalizar una de las sesiones del concilio Vaticano II, declaró a la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, por ser lo más grande, lo más puro, lo más limpio, lo más admirable, lo más querido en el pueblo de Dios. María, madre de la Iglesia. Y desde hace siglos enteros, esta hermandad tuvo la honra y la iniciativa de hacer voto de defender el dogma de la Inmaculada Concepción, muchos siglos antes incluso, de que se habría proclamado el dogma por el Papa Pío IX.

Cantad al Señor un cántico nuevo, pues, en esta conmemoración de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. El Señor ha hecho maravillas. Una tierra nueva y un cielo nuevo. Nueva es la gracia, nueva es la mujer especialmente redimida, nuevo es el hombre que ha nacido de esta redención y de esta gracia de Dios. Ha llegado un tiempo nuevo. Se terminaron las oscuridades. Se terminaron los momentos de incertidumbre. La esperanza y la promesa están brillando. Y no es simplemente esperar y aguardar, sino que la esperanza es vivir. Ni nostalgia del pasado, ni miedo al futuro, porque la nostalgia crea tristeza.

Aquellos sí que eran tiempos, aquellas sí que eran cofradías con lo que han mejorado las cofradías, aquellos sí que eran tiempos... y además esa nostalgia no produce más que incertidumbre. Ni miedo al futuro, porque el futuro no puede ser como un paredón que nos amenaza con aplastarnos cada día. No sería mejor cambiar la pregunta y la cuestión. Y en lugar de decir cómo será el futuro y echarnos las manos a la cabeza llenos de miedo, que hagamos la cuestión: ¿Cómo queremos que sea el futuro? ¿Cómo quieres que sea el futuro de tu hijo o de tu hija? Que sea una persona noble, cabal, que quiera a la gente, que se sienta querido por los demás. Edúcale de esta manera, prepárale para los días que tienen que venir, porque el futuro simplemente puede producir miedo y desconfianza. Y el miedo genera tristeza, genera pereza. ¿Para qué nos vamos a esforzar? ¿Para qué vamos a construir, si esto es algo inevitable que nos amenaza continuamente? Defendamos el futuro, pero defendámoslo con esperanza,

que la esperanza es la vida de la vida. Y sin esperanza no hay vida. Porque la esperanza es vivir.

Ha llegado un tiempo nuevo, el de Cristo. La creación entera se reviste de aquella luz primera con la que fue adornando al hombre en el origen, un anuncio para días de gloria. ¿Es que Dios se iba a conformar como un buen padre que su hijo diera un portazo de la casa del paraíso y se alejara?

Y en aquel mismo lugar, mi hijo ha pecado, pero yo despertaré una gracia especial a una mujer santa, purísima, santísima, desde el primer momento de su concepción. Ella estará por encima de todo mal, desde el primer instante, limpia, pura, santa. Ésta es la señal que resplandece.

Por encima de todo, Dios quiere bendecir, guardar y redimir a sus hijos, aunque le va a costar nada menos que la muerte de su Hijo Jesucristo. Cristo llevó las espinas para que su Madre pudiera llevar las flores. Cristo sufrió las afrentas para que su Madre pudiera llevar nuestros piropos. Cristo sufriría de tanto dolor... pero los dolores de su madre (y qué bien suena decirlo aquí en esta Iglesia), pero los dolores de su madre serían infinitos amores unidos a la redención de su Hijo.

La concepción purísima de María es el pregón, el pregón que proclama la Buen Noticia: el verbo de Dios se ha hecho hombre. No te preocupes, el verbo de Dios será tu palabra, tu vida, tu esperanza.

Éste es el comienzo de un tiempo nuevo. Parece como una frivolidad hablar de esperanza de un tiempo nuevo en medio de situaciones tan difíciles, pero naturalmente nuestra alegría nace de algo muy comprensible.

Yo te veo a ti alegre, hasta feliz. Pero tú eres un inconsciente, no sabes lo que ocurre en tu casa. No solamente que tengáis dificultades para llegar a fin de mes, sino hasta de poderlo comenzar. Pero tú no sabes de las enfermedades que hay a tu alrededor. Pues sí, todo esto es verdad. Y tú feliz, y contento y contenta. Pues es verdad. Es verdad, estoy feliz y muy feliz, porque tengo unos padres que no me los merezco, rompiéndose el alma de la mañana a la noche para sacar adelante a su familia. ¿Cómo no voy a estar contento con lo que Dios me ha dado? El Señor ha estado grande, muy grande conmigo, y ésta es la causa de mi alegría. No situaciones, no momentos. No egoísmos de tener o no tener.

Bien podemos servirnos, pues, del poeta anunciando a María la llegada de este tiempo nuevo:

*Dios te salve, Anunciación,
morena de maravilla,
tendrás un Hijo más bello
que los tallos de la brisa.
Mensaje de Dios te traigo.
Él te saluda, María,
pues Dios se prendó de ti,
y Dios es Dios de alegría.
Llena de gracia te llamo
porque la gracia te llena;*

*si más te pudiera dar,
mucho más gracia te diera.
El Señor está contigo,
aún más que tú estás con Dios;
tu carne ya no es tu carne,
tu sangre ya es para dos.
Y bendita vas a ser
entre todas las mujeres,
pues, si eres madre de todos
¿quién podría no quererte?*

Federico García Lorca

“Antes de haberte formado, en el seno materno te conocía. Y antes que nacieras, ya te había consagrado”. Estas palabras de la profecía se aplican al misterio de la Inmaculada Concepción. Todo nace de Dios. Él es anterior a todo. Dios es el origen y es la luz. Él es la fuente y el manantial de toda sabiduría y la luz que descubre todos los misterios. Y María es la señal. Es la estrella de la salvación que Dios quiere para sus hijos, es la madre que toma la mano de su hijo, quizá lleno de miedo y le dice: Hijo mío, no te preocupes, que tu madre está a tu lado.

Ésta es la señal de que Dios no va a dejar a su hijo. No te preocupes, aquí está tu madre. Y esto es para nosotros algo más que esperanza. ¿Cómo no te vamos a querer y venerar, santísima Virgen María, si tú eres causa de alegría y madre de nuestra esperanza, madre de nuestra vida? Porque además en María ha triunfado el bien.

Dios hizo todo puro, santo, pero vino el pecado y el pecado convirtió en tiniebla lo que era luz... y vinieron las pasiones, pasión de soberbia, que hizo al hombre orgulloso y altanero. Pasión de envidia que le hizo rechinar los dientes viendo el bien que había en los demás, y en lugar de ser feliz con lo que tenía, bebía completamente desgraciado, pensando en el bien que tenían los otros. Pero en medio de esta noche apareció una gran luz, una mujer vestida del sol, la luna bajo sus pies, en su cabeza una corona de doce estrellas. Y con ella vino el nuevo día, el día de la Encarnación, el día de la Presencia en su vida.

Hay un relato, es escrito precisamente por un autor granadino. ¿Y de qué habla allí? Es parecido a un auto sacramental. Dice cómo recibió el anuncio del ángel y cómo después se ponen José y María camino de Belén, momento muy propio para este tiempo de adviento. Y nos relata, en gran pobreza, todas las fatigas del camino. San José tenía frío, la Virgen María, no. Y avanzan y llegan a Belén y se cierran todas las puertas. San José tenía frío, la Virgen María, no. Y llegan al portal de Belén, a esa cuadra donde pudieron refugiarse. Y de nuevo, San José tenía frío, la Virgen María, no. Porque de su vientre estaba naciendo el sol. Estaba naciendo el sol del vientre de la madre, de nuestra madre. Igual que la madre que tiene tantos hijos, cualquier madre que esté aquí, a cada uno le quiere como si fuera un hijo, la Santísima Virgen María, teniendo a la humanidad entera como hijos suyos, a cada uno de nosotros nos quiere como hijo único.

Como veis, el misterio de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María no es un misterio, que es como algo oscuro, arcano, es mejor no pensar en ello,

como un paredón, aquí no podemos dar de bruces con la mente. No. El misterio es algo grande, es algo admirable, es algo sublime. Este misterio de Inmaculada Concepción nos llena de alegría, de gozo. La Madre de Dios es mi madre y me lleva de la mano. No te preocupes, hijo mío, que tu madre está a tu lado. No te preocupes, hijo mío. Como le decía la madre a su hijo que había nacido ciego: No te preocupes, que los ojos de tu madre serán los tuyos.

Recuerdo, en mis años misioneros, teníamos un dispensario. Las que allí iban eran todas eran musulmanas. Había un niño que era ciego, y allí le cuidaban las hermanas que se ocupaban de él. Y el médico que nos ayudaba también, un día analizando a este niño, dijo: “¿Y por qué es ciego este niño? Si me parece que todo esto puede tener solución ahora. Lo trajimos aquí, reunimos un poco de dinero entre todos para aquella operación difícil.

Después el oftalmólogo no solamente nos cobró nada, sino que nos dio un mundo nativo muy generoso. Total, que el niño volvió viendo perfectamente. Y la madre, esa musulmana, fue a verme para agradecerme lo que se había hecho con su hijo. Ella me decía: “Fíjese usted cómo me mira”. Qué bien, podrá jugar como todos los niños. “Sí, pero si ha fijado usted cómo mi hijo me mira”. Y de nuevo, yo diciendo una cosa y otra. “Se ha fijado usted cómo me mira mi hijo”.

María Santísima pondrá sus ojos a favor de nuestros ojos ciegos. Pero también, María Santísima, lo mejor de nuestra mirada será para ti, nuestra madre. ¡Qué amigable relación! ¡Qué alianza más espléndida, que la madre mire al hijo y que el hijo mire a su madre!

Celebramos este dogma en el que creemos. Elegida y llena de gracia, María es luz que va guiando con su ejemplo e intercesión al pueblo que camina entre los trabajos de este mundo y los consuelos de Dios. A ella nos acogemos, bajo su amparo vivimos, a ella le suplicamos, y con ella confiamos alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

Refiriéndose a esta presencia de María, sobre todo en la Anunciación, Lope de Vega escribía:

*Hoy nace una clara estrella,
tan divina y celestial,
que con ser estrella, es tal,
que el mismo sol nace della.
De Ana y de Joaquín oriente
de aquesta estrella divina
sale su luz clara y digna
de ser pura eternamente:
el Alba más clara y bella
no le puede ser igual,
que con ser estrella, es tal,
que el mismo sol nace della.
No le iguala lumbre alguna
de quantas bordan el cielo,*

*porque es el humilde suelo
de sus pies la blanca luna:
nace en el suelo tan bella,
y con luz tan celestial,
que con ser estrella, es tal
que el mismo sol nace della.*

Y en el Nacimiento del Hijo proclama (también Lope de Vega):

*De una Virgen hermosa
celos tiene el sol,
porque vio en sus brazos
otro Sol mayor.
Cuando del Oriente
salió el sol dorado,
y otro sol helado
miró tan ardiente,
quitó de la frente
la corona bella,
y a los pies de la Estrella
su lumbre adoró,
porque vio en sus brazos
otro Sol mayor.
«Hermosa María»,
dice el sol vencido,
«de vos ha nacido
el Sol que podía
dar al mundo el día
que ha deseado».
Esto dijo, humillado,
a María el sol,
porque vio en sus brazos
otro Sol mayor.*

Si María es la llena de gracia, el fruto de sus entrañas será el Camino, la Verdad y la Vida de todos los hombres. Más allá del pecado, ha triunfado la gracia. El bien ha vencido a cualquier forma de mal. Cristo es la luz y María la lámpara que anuncia ese día resplandeciente y completamente nuevo.

La Concepción Inmaculada de María es garantía de esperanza. Aval que ofrecer la seguridad de que el pecado ha sido vencido. María lo proclama con la gloriosa victoria de su Hijo Jesucristo. El Todopoderoso tuvo de la mano a María, y la colmó de todas las gracias y favores de santos, y la libró del amante del pecado.

Es el Dios de la misericordia, no os extrañéis. El corazón de Dios es el misericordioso, y la misericordia es lo mejor que uno puede ofrecer, lo mejor del corazón en favor de aquel que lo necesita. La misericordia está llena de vida, de amor, de caridad, lo mejor que yo tengo para ti. Es como la madre que toma a su hijo en los brazos, le dice: Mi corazón, lo más grande que tengo, te lo doy a ti, mi corazón. Pues la

Santísima Virgen María dice las mismas palabras. Pero si todo tú en ti, Santísima Señora, es bondad y luz, pues mira, lo mejor que tengo, para mi hijo.

¡Qué bendición y qué gracia y qué esperanza! Es el Dios de la misericordia. Los sufrimientos y fatigas del Hijo sirvieron para hacer Santísima a la Madre. Los sufrimientos del Hijo para hacer Santísima a su madre. La cantidad de madres que se han hecho santas, sirviendo a sus hijos y llevando la cruz del sufrimiento de los suyos. Este misterio, esta verdad de nuestra fe, es pregón glorioso de la más objetiva y sublime apología del bien, de la justicia, de la bondad. Es que en Ella todo el resplandor es de la belleza de la bondad.

Muchos años después, el Papa Pío IX proclamaría para honor de la Santísima Indivisa Trinidad, para gloria y honor de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y acrecentamiento de la religión cristiana, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y con la nuestra, declaramos, proclamamos y definimos que la doctrina que sostiene que la Beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo. ¿Por qué en atención a los méritos de Cristo? Yo llevaré las espinas para que mi madre pudiera llevar las flores. Yo llevaré la cruz para que mi hijo lleve las bendiciones. Yo llevaré el dolor y el sufrimiento para que mi hijo lleve todas las gracias y las bendiciones.

Por otra parte, es la misma razón la que nos dice que Purísima había de ser la Virgen que nos diera el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Purísima tenía que ser la que entre todos los hombres es abogada de gracia y ejemplo de santidad. En atención a los méritos de Jesucristo.

Ergo aquí, don Felipe (Reina), yo se lo agradezco. Esta relación entre la Inmaculada Concepción de María Santísima y la Orden Franciscana. Sabéis que el signo de la Orden Franciscana, son dos brazos: el brazo de Cristo, llagado, y el brazo de San Francisco y Asís, Y siempre la copla que se repite: “Por uno fuiste santificada; por otro, defendida”. Y sí, se lleva como honra de esta orden el que desde el principio, mucho antes del dogma, ya se proclamaba la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

No podemos menos que recordar la argumentación del gran teólogo Juan Duns Escoto. Era conveniente que María Santísima, la madre de Dios, fuera concebida sin mancha de pecado. Dios pudo hacerla Santa e Inmaculada desde el primer momento de su concepción. ¿Qué duda puede haber que Dios la hiciera de esta manera? Pues tanto convenía la santidad del Hijo y a la madre. Y el pueblo cristiano unánimemente a lo largo de la historia proclamaría: María, pura, limpia, santa e inmaculada.

Sublime y muy gozoso misterio del amor de Dios es el que nos representa María, un amor que brilla como el sacrificio redentor de Jesucristo. Cristo llevó el sufrimiento y el pecado para que su madre recibiera la gracia. Cristo llevó la cruz de la ignominia para que su madre pudiera llevarlo de la honra. Cristo llevó las espinas para que su madre pudiera llevar las flores. ¡Qué mejor honor para un hijo que redimir a su madre! ¡Qué mayor honra que ser redimida por la sangre de su propio hijo!

Misterio, don, pero vida de cada día. ¿Qué mejor honra puedes dar a tu madre que dar la vida por ella? ¿Qué mejor honra puede recibir tu madre que seas tú quien la redima de tantas tristezas y tantos disgustos?

De nuevo, Lope de Vega:

*«De Adán el primer pecado
no vino en vos a caer;
que quiso Dios preservaros
limpia como para él.
De vos el Verbo encarnado
recibió el humano ser,
y quiere toda pureza
quien todo puro es también.
Si es Dios autor de las leyes
que rigen la humana grey,
para engendrar a su madre
¿no pudo cambiar la ley?
Decir que pudo y no quiso
parece cosa cruel,
y, si es todopoderoso,
¿con vos no lo habrá de ser?
Que honrar al hijo en la madre
derecho de todos es,
y ese derecho tan justo,
¿Dios no lo debe tener?
Porque es justo, porque os ama,
porque vais su madre a ser,
os hizo Dios tan purísima
como Dios merece y es.*

Ni arcano, insondable, al que es un inútil querer llegar, ni oscuridad imposible de penetrar por la luz de la inteligencia, y ante él no cabe otra postura que el de acatamiento y la sumisión. Pero el misterio religioso no es así. Es una verdad grande, fascinante, llena de vida. Y así es el misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María como estamos viendo en estas palabras.

El misterio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María resplandece ante la misma bondad de Dios. Es el triunfo del bien, la apoteosis de la justicia. Dios quiere la salvación y ésta es la señal: una mujer concebida sin pecados de la que nacerá el prometido, el Salvador. María, la mujer bendita de Nazaret, fue la única desde el primer momento de existencia, que estaría libre de toda culpa y llena de las gracias y los favores de Dios.

El recorrido por la historia de este dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María es un ejemplo del sentido de la fe del pueblo cristiano, de la intuición de las verdades grandes. El pueblo, de forma espontánea veneraba a María como pura y limpia y llena de gracia, desde el primer momento de su existencia.

Sirvan de ejemplo las conocidas letrillas que cantaba el pueblo:

*“Si quiso y no pudo, no es Dios,
pudo y no quiso, no es hijo.
Digan, pues, que pudo y quiso.
Y todo el mundo en general,
a voces, Reina escogida, digan que
sois concebida sin pecado original”.*

Aquí está el misterio del pecado y de la gracia, del bien y del mal, de la amistad y del alejamiento de Dios, del agravio y la reconciliación, de la nueva alianza de la redención.

Y aquí un paréntesis. Dice la Sagrada Escritura que quien da un vaso de agua a un profeta tendrá premio de profeta. Y quien se lo da a un cardenal de la Santa Madre Iglesia Romana: ¡hermano Pablo, cofradía, hay que ver qué cócteles os vais a tomar en el cielo! Se cierra el paréntesis.

Este misterio de la Inmaculada, de la Limpia y pura Señora es como una inmensa luz que ayuda a encontrar el más profundo y verdadero significado de las cosas y de la misma existencia humana. Vivimos tiempos de incertidumbre, no sabemos dónde asirnos. Todo esto resplandece con la luz de la esperanza en el misterio de María. Más allá de las tinieblas, llegó la luz. Más allá del pecado, llegó la redención.

En el auto sacramental de Calderón de la Barca “La hidalga del valle” se establece un coloquio entre varios personajes que deben pasar por encima de un hoyo. Uno se cae, al otro se le impide caer.

*“Concebida en pecado
ha de ser su madre mesma;
o no ha de ser redimida
con su sangre; considera
cuál la puede estar mejor,
o cuál es más preeminencia. (...)
“Porque si llego a mirar,
que yo he podido tener
un modo de socorrer,
y otro aquí de preservar, (...)
una atención, un cuidado
me habéis costado los dos:
vos, porque caísteis; vos,
porque no os dejé caer;
pues si esto hace mi poder,
¿qué no hará el poder de Dios? (...)
Luego si para librar
al que cayó en su pesar
fue su Sangre menester,
para detener a quien
va a ser su madre
que no habrá menester?*

Cuando se trata de alabar a la Virgen María, las palabras se quedan cortas y siempre falta algo que decir. Es que el amor a la Virgen María no sólo es manantial inextinguible de santo fervor, sino escueta, cátedra, donde enseñar las mejores e inolvidables lecciones.

En esta situación, ¿qué haría mi madre, la Virgen María? En este momento de incertidumbre, ¿qué no haría la madre por su hijo? Y esta es una norma de comportamiento perfectamente. Me han ofendido. ¿Qué haría la Virgen María? ¡Perdonar! Me han olvidado. Quiere la Santísima Virgen María recordar. Me han excluido, ¿qué haría la Virgen María? Amar. Y siempre la norma de conducta es Santísima Virgen María, porque ella vivió como nadie la norma de vida de su Hijo Jesucristo. Y de nuevo los versos de Juan de la Encina, después de todo esto que hemos oído y reflexionado:

*Todos te deben servir,
Virgen y Madre de Dios,
que siempre ruegas por nos
y tú nos haces vivir. (...)
Tanta fue tu perfección
y de tanto merecer,
que de ti quiso nacer
quien fue nuestra redención... (...)
El tesoro divinal
en tu vientre se encerró,
tan precioso que libró
todo el linaje humanal. (...)
Tu sellaste nuestra fe
con el sello de la cruz;
tu pariste nuestra luz,
Dios de ti nacido fue. (...)
¡Oh clara virginidad,
fuente de toda virtud,
no ceses de dar salud
a toda la cristiandad! (...)*

El misterio de la Inmaculada, de la limpia y Pura Señora, es como una inmensa luz que nos ayuda a encontrar el más profundo y verdadero significado de las cosas. Nos invita a meternos en el fondo de nuestra misma existencia como personas y como cristianos. Nuestra fuerza está en la debilidad del bien, nuestra fuerza está en la debilidad del bien. Y como decía un médico de pueblo, y lecciones que aprende uno para toda su vida: “Hijo mío, es preferible pasar mil veces por tonto que una por malo”. Mejor consejo no podía encontrar en mi vida, el de un médico de pueblo, mi padre.

Nuestra fuerza está en la debilidad del bien, porque ésa vendría de Dios. Y fortaleza para los limpios de corazón, pues el camino del bien no lo es de blanduras y

evasiones, sino de compromisos y de responsabilidades. No es, pues, el misterio este de la Inmaculada Concepción de María que ha de quedarse en verdad sublime para contemplar, sino que es fuente de vida para el hombre que cree en Dios. Es la proclamación de la fuerza del bien sobre el mal, es la garantía del cumplimiento de las promesas de Dios para cuantos siguen con fidelidad sus mandatos.

María Inmaculada, la llena de gracia, el reflejo luminoso de la perfección de Dios, el ejemplo para la Iglesia, el comienzo del tiempo nuevo, modelo de aceptación. Llamemos, pues, a la puerta de este misterio de la Inmaculada Concepción. Y lo podremos hacer recordando aquella popular coplilla:

*“Y qué mal haría
quien en esta casa entrare
y por olvido dejare
de decir Ave, María.
Y también quien ya oída
palabra tan celestial
no respondiese puntual
sin pecado concebida.”*

Y que todo será para honra de Dios, de su Hijo Jesucristo, de la Pura Concepción de María Santísima y de la Archicofradía de San Juan. Muchas gracias.